

# CORRUPCIÓN, LOCURA, VERDAD

(Mesa redonda celebrada en el Aula de Seminarios del Círculo de Bellas Artes)

9 de Mayo 1997

El día nueve del pasado mes de mayo, a las ocho de la tarde y en el aula de seminarios del madrileño Círculo de Bellas Artes, nuestra revista tenía organizada, para celebrar la salida de su segundo número, una convocatoria que proponíamos que girara en torno a las palabras *corrupción*, *locura* y *verdad*, las cuales, sin la conjunción copulativa, constituyen literal y exactamente los tres conceptos que, en él rezando ya de entrada, pivotan el texto del editorial de la tirada que entonces lanzábamos a la venta. Fueron invitados a pronunciarse al respecto el psicoanalista Gerardo Gutiérrez, el pensador Jacobo Muñoz Veiga y el experto en temas de la comunicación Gonzalo Abril. Tercieron por el lado de la publicación dos de los miembros del consejo de redacción de la misma, el profesor Jesús González Requena –de la sección de Ciencias de la Imagen–, que hablaba en calidad de portavoz de la línea teórica y de opinión de tal consejo, y, efectuando una humilde glosa de ese texto de referencia y del sumario que en TRAMA Y FONDO lo englobaba –a ambos remitimos–, quien estos párrafos firma, que cumplió además con el cometido de introducir a cada una de las cuatro personas mencionadas.

El grupo de gente que andamos sacando adelante el proyecto de entre manos queremos mostrar, una vez más, sincera y enormísima gratitud al Círculo por la cesión del espacio que nos sirvió de marco y foro, reconocimiento que resulta obligado que hagamos extensivo a los muchos asistentes –ojalá que ninguno dejara de quedar satisfecho con el desarrollo de



21.- Esta lámina se ha tomado de una reproducción ofrecida por Alexander A. Parker en su libro "Los pícaros en la literatura". "La novela picaresca en España y Europa" (1599 - 1753); Madrid: Gredos, 1971, pág. 33. Realiza una pequeña descripción de ella prestando atención al hecho de que el Lazarillo navegue solo y remolque -a su parecer- al resto de los personajes que navegan sobre "la nave de la vida picaresca". Todo ello se relaciona con su consideración del Lazarillo como precursor de este género, no como arquetipo. La misma lámina aparece en la portada del libro de Alberto del Monte: Itinerario de la novela picaresca española; Barcelona: Lumen, 1971.

la convocatoria— que llenaron la sala durante el anochecer de aquel soleado viernes de primavera. El agradecimiento, desde luego, tampoco hemos de olvidar expresárselo a los hombres doctos que, de manera desinteresada y con el punto de arranque de las nociones propuestas, tuvieron a bien el ofrecer al auditorio un final de jornada ricamente empapado con el jugo de las reflexiones y razonamientos que habían preparado para la ocasión.

Antes de concluir los prolegómenos a la transcripción de las intervenciones, vamos a anotar a grandes rasgos los perfiles profesionales e intelectuales de Jacobo Muñoz, Gerardo Gutiérrez y Gonzalo Abril, docentes, de igual modo que Requena, en la Universidad Complutense. El psicoanalista Gerardo Gutiérrez enseña en la Facultad de Psicología, dirige el Master de Terapia Psicoanalítica y realiza tareas coordinadoras en el de Teoría Psicoanalítica; también es compilador del volumen *Psicoanálisis y Universidad* y a su pluma debemos diversos artículos sobre psicoanálisis y psicoterapia. La obra clave del filósofo Jacobo Muñoz Veiga, traductor de Husserl, Heidegger y Wittgenstein amén de catedrático de la Facultad de Filosofía en el departamento de Teoría del Conocimiento e Historia del Pensamiento, se denomina *Lecturas de Filosofía Contemporánea*; en catalán ha escrito *Inventari provisional* y colabora con asiduidad en el *ABC Cultural*. Gonzalo Abril, que en cierta etapa desempeñó el magisterio universitario en Latinoamérica y que participa en el consejo de redacción de la revista *La balsa de la medusa*, está especializado en materias de cultura, semiótica y comunicación de masas; da clases en la Facultad de Ciencias de la Información a alumnos de la asignatura Teoría General de la Información, asignatura con nombre idéntico al de un libro de autoría suya subtítulo *Datos, relatos y ritos*.

Decíamos más arriba que confiábamos en que los que nos honraron acudiendo al acto hubieran disfrutado con las cuestiones y contenidos abordados o que se apuntaron, o en otros términos, alrededor de la posibilidad y ejercicio de la verdad en tanto que humana estructura e instrumento de sentido de vida, y asimismo acerca del ayer y el hoy de los síntomas que, como la corrupción y la locura, la resquebrajan o discuten y sitúan dentro de ámbitos relativistas, bien sean mediáticos o bien sin explícita índole espectacularizante; con nada distinto apelamos al lector llegado ahora el momento de la reproducción impresa del cuarteto de alocuciones que todos los allí concurrentes pudieron escuchar.

Pedro Joaquín del Rey

GONZALO ABRIL

### Resistirse a la locura y al juicio de Dios

Hay títulos largos y títulos anchos. Ambas clases dan problemas para pensar el objeto y poder decir algo en torno a él. Para salir del paso utilizo la siguiente técnica: primero, trato de leer bien el título (hasta aquí, colegial); segundo, trato de hacerlo ancho si me ha parecido demasiado largo y largo si me ha parecido demasiado ancho. En este caso el título me pareció de una anchura amazónica y mi método de alargamiento también es amazónico, por homenajear a los indígenas de la región, que siguen hoy día contando historias: ni más ni menos que leerlo como una narración. Y eso voy a hacer.

Para mí, el *relato* de esa narración tiene tres momentos explícitos y uno presupuesto, a saber, el inicio mismo de la historia. Tiene también el carácter de un relato mítico, o por lo menos, de circular como el de los mitos.

Lo representaría así:

*(V/verdad)-corrupción-locura-verdad*

Esto al nivel del relato. Al nivel del discurso, la narración me dice algo sobre el sujeto que la enuncia, que es quien ha elidido el inicio, manteniéndolo en el nivel de lo presupuesto, y quien, mediante esa operación, ha enturbiado la relación de broche, de repliegue sobre sí mismo que, tal como yo lo leo, presenta el relato. Enturbiamiento tal que no me permite saber si la primera *Verdad*, la presupuesta, es con mayúsculas o con minúsculas (la supongo mayúscula por ser inicio de texto, una norma que la escritura heredó de la revelación teológica de la Palabra, o quizá más bien una norma que la revelación teológica de la Palabra heredó de la escritura). Enturbiamiento que, sobre todo, oculta la querencia de esa verdad final minúscula a ensamblarse con la mayúscula inicial, la querencia de la Palabra, con mayúscula. Como pueden ver mi lectura tiene también su querencia, nietzscheana para más señas, en lo que atañe a la delación de la inacabable muerte de Dios.

La moral de mi propia narración será más bien artaudiana, por el título de la pieza radiofónica de Antonin Artaud *Para acabar con el juicio de Dios*.

Pero vuelvo a la lectura alargada del título:

a) La corrupción es *alteración de la forma de alguna cosa* (Diccionario

de la Real Academia Española), es depravación, daño o putrefacción de algo previamente establecido o conformado. Como decía, este primer momento presupone un momento anterior de integridad, de “buena forma”, de “forma verdadera”.

b) El momento de la locura es resultante del anterior, de la corrupción. ¿Qué es lo corrompido, lo deformado en estado de locura? Doy por buena la propuesta de González Requena en su ensayo sobre el texto (en el número uno de TRAMA Y FONDO): es el fracaso del acceso al orden simbólico. La psicosis no supone sin más un fracaso en el orden semiótico, puesto que el loco maneja los signos, sino fracaso en la posibilidad de sostener ese juego semiótico sobre un sustento simbólico.

Por cierto, “corrupción” y “símbolo” presentan un extraordinario parentesco etimológico: a lo que remite corrupción es a *quebrar conjuntamente* (co-romper), y *sim-balein* a *arrojar conjuntamente*; el símbolo era la moneda o el cacharro que los amigos rompían en fragmentos complementarios para representar su lazo de sujetos por medio de la unidad imaginariamente compartida del objeto. La corrupción podría ser acaso la ruptura del lazo por medio de la unificación imaginaria del fragmento (el fragmento como único, como todo, como totalidad, como idéntico a sí mismo). Se percibe que la simbolicidad del símbolo está en la línea de corte en cuanto separa y a la vez ensambla las partes de la moneda o las partes del cacharro de cerámica. Pero en esa misma línea de corte está la corrupción, en cuanto límite virtual o frontera de cada uno de los territorios desgajados.

Pongamos un ejemplo quizás superficial; pero de epidermis se trata en este ejemplo. En la civilización pre-turística estar moreno era participar de una cualidad del moro. El lenguaje inscribía en la piel la presencia del otro simbólico. En la civilización del turismo no se está moreno, se está bronceado, y estar bronceado significa participar de la cualidad del bronce, de una cualidad sensible y abstracta a la vez (Peirce diría de una “primeridad”) que me puede hacer objeto de la mirada del otro, pero no inscribe al otro en mí. Si el bronceado es expresión o resultado de la *corrupción*, y vuelvo a la narración del título, el bronceado es psicótico. Y, en efecto, conforme a la definición de Requena, el bronceado es puramente signico, es un significado con valor oposicional o distintivo, a nivel lingüístico y también a nivel del significado social, pero no remite ya a un sistema simbólico como aquel que daba sentido a la pigmentación de la piel por referencia al orden de la cultura (por ejemplo, blancos versus oscuros), o al de la producción y la posición en el sistema de clases (por ejemplo, trabajadores versus ociosos). Las cualidades de la piel

—como las de los objetos: mate, lacado, terso, rugoso, húmedo, seco, etc.— han sido sometidas a una indeterminación o flotación de los signos que se regula en el mercado, en la mercadotecnia, la publicidad, la moda, y que supone por ello mismo la absorción de lo estético, de la experiencia sensible, por el fetichismo de la mercancía.

Así el momento de la locura podría señalar algo de lo que se habla en muchos diagnósticos sobre la sociedad contemporánea: el colapso del intercambio simbólico en beneficio del “valor de cambio signico” —como decía hace tiempo en un ensayo muy famoso Baudrillard—; la idea de posmodernidad como cultura de simulacro; la *des-realización* y las *psicopatologías de la escritura y del filme*, que, para Jameson, bloquean y reprimen la narración, al cerrarla sobre sí misma; o también, la ruptura de todo “exterior” por la disolución del “ser” en el “valor”, o sea, la idea de la “subsunción real del capital” de Marx, evocada nuevamente por muchos neomarxistas, según la cual cada elemento del desarrollo social es inscrito en la totalidad de la producción del valor (Lazzarato y otros); etc.

La modernidad habría conducido así al cierre de las representaciones sobre sí mismas, a la absorción del sentido en la significación, o también, de lo simbólico por lo signico, de tal modo que *la semiótica es, quizá, la única ontología posible del capitalismo*. De tal modo que, por fin, la “locura”, en su definición requeniana, y referida a lo colectivo, no sería, quizás, sino *otro nombre para el capitalismo*.

c) Llegamos al último momento del relato. En él la verdad aparece como la solución o re-solución narrativa, al menos como una solución posible, o como la única posible. Como se habrá advertido, estoy de acuerdo con algunos presupuestos de este relato, pero me resulta sospechosa su forma circular a la que ya me he referido antes. El final, la *Verdad*, ¿no equivale a aquello que aparece presupuesto como lo “corrompido”, lo “alterado”, al principio de la misma narración? ¿No es un relato de *restitución*, quiero decir, un relato que propone volver al punto de partida presupuesto, es decir, significativamente sometido a elipsis? Más brutalmente, ¿no es un relato reaccionario? El Diccionario de la Real Academia dice que reaccionario es quien *propende a restablecer lo abolido*. ¿O es, simplemente, el viejo y familiar relato cristiano de caída, culpa y redención?

Pienso que, en efecto, vivimos en un colapso, en un doble colapso, que es a la vez el de la representación y el de la fundamentación ética, el de la LEY

en su doble determinación semántica y pragmática, es decir, el de lo Legible y lo Legítimo. O también de la veridicción (decir verdadero) y la jurisdicción (decir normativo).

Pero también temo los peligros de la *Verdad* y recuerdo al Nietzsche que decía: *Se hallan muy lejos de ser espíritus libres, pues creen todavía en la verdad.* ¿Es posible volver a una fundamentación ética con pretensiones universalistas que no sea puramente abstracta, o que no sea fundamentalista y autoritaria? Todavía más: ¿desde qué palanca de Arquímedes –o sea, desde qué exterioridad– se puede sustraer a la verdad de su estado de corrupción, de cínica indeterminación? Por poner un ejemplo, ¿cómo restituir el *sentido* o la Verdad de la democracia cuando la democracia sólo significa –*significa*, de signo– mercado capitalista, sectarismo de las mayorías, coartada para el exterminio de los pobres y pensamiento único? ¿Cómo restituir el sentido de aquella moneda conjuntamente rota cuando cada cual cree que su fragmento de moneda es la “moneda única”, como el euro? ¿Qué hacer pues, plegarse al relativismo, a la fragmentación, a la imposibilidad de la representación y de la ética?

Sería arrogante que yo tratara de dar respuesta a preguntas tan tremendas, a preguntas sobre las que tanto se ha reflexionado y discutido durante los últimos años. Sólo puedo hacer una sugerencia muy modesta tras el rastro nietzscheano: frente a la intimidación teológica de la *Verdad*, con mayúsculas, sólo me atrevería a propugnar las verdades de ciertas prácticas “artísticas” –entre comillas, si lo desean–, de cierta poesía, de algunas escrituras; lo cual no es esteticismo, porque para mí esas prácticas son políticas, incluso algunas se sitúan –reflexiva y deliberadamente– en el umbral entre lo artístico y lo político.

Los escritores hablan de una verdad de la escritura o de una verdad poética que nada tiene que ver con la *Verdad* teológica o con la verdad de la representación, de la representación en el sentido de la ciencia. Tiene que ver más bien con una tensión radical del lenguaje hacia sus límites y con la experiencia de la contrariedad, incluso de la metamorfosis, como ha señalado Carlos Piera. ¿No vale esa *verdad* poética como un modelo no teológico de *Verdad*? Leamos, por ejemplo, al poeta Antonio Gamoneda cuando dice: *Yo sentía los significados, no los comprendía, supe que estaba en el corazón de la poesía.* Y continúa el poeta: *Leo o escucho estas palabras: “Corta dulcemente los hilos del corazón”. Aquí, mi vida se intensifica porque he sentido el significado, no porque lo haya comprendido.* El poeta nos está hablando de lo *sentido*, de lo *sentido* cargando sobre sí las responsabilidades de *el sentido*.

No hablo de la poesía como salvación, no propongo ni quiero propugnar ninguna receta romántica. Sólo plante la posibilidad de volver a sustentar la legibilidad y la legitimidad, la veridicción y la jurisdicción, más acá de una *Verdad* mayúscula y también más allá del relativismo postmodernista.

A este respecto me gustaría recordar las recomendaciones de Hayden White, que, tras analizar el modo en que el acontecimiento se ha disuelto en el mundo contemporáneo, por ejemplo en las narrativas televisivas, propone reconstruirlo, diríamos, “homeopáticamente”, mediante las propias narrativas modernistas. Sólo serán, según defiende este autor, las narrativas contemporáneas post-narrativas, –en el sentido de Walter Benjamin–, y no los tradicionales procedimientos representativos –como los géneros “realistas” o las técnicas tradicionales de los historiadores–, las capaces de dar una representación de los acontecimientos modernos. Y, sobre todo, aquellos procedimientos que, cludiendo la falacia referencial de las narrativas informativas e históricas –su fetichismo–, permiten desactivar las ilusorias pretensiones representacionales así como la “estetización”, el deslizamiento a la fantasía (o la apertura al goce) de eventos como los crímenes u otros actos de violencia cada vez más espectacularizados. White escribe: *Las no-historias anti-narrativas del modernismo literario ofrecen la única esperanza para una adecuada representación de los eventos “no-naturales” –incluido el Holocausto– de nuestra época.*

Por lo que se refiere no al orden de lo legible sino al de lo legítimo, creo que también podemos pensar –o soñar– en las nuevas posibilidades de construcción social, de reconstrucción del vínculo y del pacto, de recreación de espacios políticos que no pasan necesariamente por la Ley del Padre, con mayúsculas –o lo que es lo mismo, por un fundamento simbólico urdido en el escenario edípico–, sino por los procesos locales de interacción y de contacto contingente (aun cuando estén, y hoy lo están, mediados por procesos nada locales).

Nuevamente, la experimentación artística ofrece un mapa nocturno, para nuestro desconcierto: ¿por qué decía el gran batería afroamericano Art Blakey que el jazz es (o más bien, era) *la verdadera democracia y el verdadero socialismo*? ¿Por qué un músico improvisador como Peter Cobal puede tocar con músicos de Japón, de Mongolia o de Centroáfrica sin una gramática musical compartida, incluso sin un acuerdo fundante sobre el sentido de esa música que puede hacerse la de todos sin dejar de ser la de cada uno? ¿Cómo hacen los jóvenes que participan en los “demos” de Internet para construir conjuntamente hipertextos desde lugares geográficos y culturales diversos? Son

preguntas modestas, y quizás posiblemente idiotas, para intentar resistir a la locura sin cerrar el relato que nos ocupa por donde, elípticamente, yo pienso que comenzaba, por aquello que decía que *En el principio era el Verbo*. En suma, para resistirse a la vez a la locura y al juicio de Dios.

GERARDO GUTIÉRREZ

### El uso loco de la verdad

Cuando hace unas semanas me propusieron el contenido de este acto, *Corrupción, Locura, Verdad*, lo primero que se me ocurrió, intentando agarrar por algún lado tres palabras tan imponentes, fue lo siguiente: pretender una relación de oposición total entre ambos extremos, *Corrupción y Verdad*, en uno de los cuales, necesariamente, habría de situarse el sujeto, en la *Corrupción* o en la *Verdad es una Locura*. La palabra corrupción es muy fuerte, es odiosa, está muy cargada de significado, y últimamente, entre nosotros, más aún. A pesar de ello voy a romper una lanza en favor de una cierta corrupción. Una relativa corrupción inherente a nuestra condición psíquica.

Sintetizo lo que quiero decirles. Pretendo establecer diferencia entre una cierta corrupción, un cierto uso corrupto de la verdad, que incluye la posibilidad del error, de la confusión y de la mentira, el engaño deliberado que yo acerco a la estructura neurótica. Y otros usos locos, o abiertamente corruptos, que acercan a la psicosis o a la perversión respectivamente. Para ello me ocupo, en primer lugar, de lo verosímil propio del neurótico que duda, que vive en la incertidumbre, a diferencia de la verdad absoluta, inmediata, necesaria que caracterizaría al lenguaje psicótico.

En segundo lugar me ocuparé de la veracidad, propia también del neurótico, en tanto que miente como defensa; a diferencia del perverso que desmiente y utiliza la verdad para su propio goce.

A continuación querría ocuparme de otra cuestión que tiene que ver con la corrupción; me refiero a la cuestión del Superyó. Instancia psíquica que, junto a su función normativa y normalizadora, con frecuencia nos muestra su cara inconsciente, corrupta y perversa.

Finalmente, les sintetizo también lo que aun queriendo decirles, el tiempo no me va a permitir decir. Se trata de una idea que últimamente me

preocupa; con alguna frecuencia tengo la sensación de que las voces que hablan del psicoanálisis en público, que presentan el psicoanálisis no sólo a otros psicoanalistas o analizandos, sino al público en general, adoptan para ello, eso me parece a mí, discursos que en algún punto se acercan al uso loco, al uso perverso, o al superyoico, y eso me parece una forma de corrupción.

Vayamos al primer punto. El psicoanalizado común y su psicoanalista, no menos común, que es de quienes yo voy a hablar, se desenvuelven constantemente entre lo verdadero y lo falso, lo que llamaré, siguiendo a Antoine Compagnon en su estudio sobre psicosis y sofisticación, "lugar de lo verosímil". Y entre la intención de verdad y la intención de engaño, lo que llamaré el "lugar de la veracidad". La verosimilitud se aplica a la condición de una proposición o de un relato cuando no hay razones para sospechar que no se ajusten a la verdad, que no correspondan con la realidad. Se trata aquí, por tanto, de una verdad posible, no de una verdad inmediata y necesaria.

Del concepto de verdad, de sus clases, naturaleza, estoy seguro que muchos de ustedes saben muchísimo más que yo; de antemano les pido perdón por mi torpeza en este tema. Lo verosímil es el campo de la neurosis. El neurótico se mueve siempre en relación a verdades posibles, mediatas, sometidas a duda, y por tanto a posible falsedad. Su campo es el de lo verosímil, lo posiblemente cierto, y precisamente por ello, siempre incierto; el neurótico se defiende, por ello, de la verdad absoluta, y por otra parte, de este modo, también se acerca a ella. El neurótico necesita relativizar la verdad.

Se me ocurre ejemplificarlo con algo banal. Ante los múltiples anuncios que, de tanto en tanto, escuchamos sobre posibles y más que probables catástrofes ecológicas, que tienen que ver con agujeros de ozono, contaminaciones en el océano, etc., fíjense cómo el sujeto normal, el sujeto que participa de la estructura neurótica, cree en ellas, ya que al estar sostenido y justificado científicamente no hay posibilidad de no creer en ello; pero por otra parte lo aplaza, no se lo cree del todo. Necesitamos, frente a una verdad como esa que nos atañe de una manera directa, tomar una distancia, suponer que a lo mejor no es así, de alguna manera relativizar esa verdad, que por otra parte sería tan difícil de convivir con ella.

El psicótico, por el contrario, se siente constantemente confrontado a la verdad, a una verdad absoluta y necesaria, una verdad que no admite la posibilidad de falsedad, sin paliativos. El psicótico vive en la terrible certidumbre, la certidumbre del delirio, de la alucinación. El lugar de la cura psicoanalítica tipo, en tanto se ocupa fundamentalmente de la neurosis, es el

lugar de lo verosímil, por cuanto la verdad no está garantizada, siempre es posible el error. Incluso es esta posibilidad de error lo que define su especificidad.

La veracidad, sin embargo, puede tener otro matiz. Si seguimos a María Moliner, podemos decir que la veracidad se refiere a la condición de aquellas personas que por hábito describen o refieren las cosas sin alterarlas, el hábito de tratar de ajustarse a la verdad. Alguien que no pudiera decir otra cosa que la verdad no merecería el adjetivo de veraz. La veracidad implica, por tanto, la posibilidad de mentir, y ni siquiera es necesario que el sujeto diga verdad en todas y cada una de las ocasiones; es suficiente con que tenga el hábito de hacerlo. Si la verosimilitud se refería a las afirmaciones, al decir, la veracidad se refiere a la intención de las personas. Pues bien, si en lo verosímil respecto a lo verdadero encontrábamos la articulación entre la neurosis y la psicosis, en la veracidad frente a la verdad encontraremos la articulación entre la neurosis y la perversión. El perverso no necesita mentir, el neurótico sí. Veamos la diferencia.

Frente a una misma percepción, la de la castración, la de la diferencia sexual ominosa, la de la falta en general, ambos, neurótico y perverso, reaccionan de forma distinta; el neurótico reacciona mintiendo, engañándose y engañando, reprimiendo, por ejemplo. El perverso desmintiendo, es decir, negando algo que ha sido percibido o que ha sido dicho, pero con un matiz interesante: el perverso desmiente al modo como con frecuencia se desmiente en política, cuando algo ha sido adecuadamente percibido por la opinión pública y no conviene que lo sea, se afirma que lo percibido es falso, y, en su lugar, se pronuncia una mentira con apariencia de verdad; lo hemos visto hacer muchas veces cuando el gobierno, cualquiera que sea, se apresuraba a desmentir que se iba a producir de inmediato una subida del precio de la gasolina; el ministro de turno desmentía aceleradamente ese rumor y en su lugar que no había por el momento intención de efectuar tal ajuste. La subida se producía de inmediato poniendo de manifiesto la verdad del rumor y la falsedad de la afirmación ministerial. Es decir, no se trata de una simple negación, es una renegación que niega la verdad y afirma la mentira. El neurótico tendrá que mentir y seguir mintiéndose en muchas ocasiones y de muchas maneras; mentir para preservar su narcisismo, para preservar la angustia.

Un autor, actualmente bastante conocido en el campo del psicoanálisis y la psicoterapia, Christopher Bolas, ha estudiado en su libro *La sombra del objeto*, en forma muy sugestiva la función de la mentira en determinado tipo de

personas para quienes ésta constituye una relación afectiva e imaginativa con el mundo exterior que no lograrían de otro modo, una auténtica reorganización de la realidad a través de la mentira. El perverso, por el contrario, no necesita mentir; no tendrá dificultades en mostrar y relatar obscuramente lo que el neurótico tiene que ocultar; pero si dice verdad no es por respeto a ella, sino porque coloca a la verdad al servicio del goce. El escándalo de la humillación propia o ajena, de la producción del miedo, la repugnancia, es decir, es una utilización perversa, corrupta de la verdad.

Lo pondremos en paralelo en relación a lo que arriba afirmábamos, lo que decíamos de la utilización loca de la verdad. La pretensión de la verdad absoluta es una utilización loca de la verdad; la pretensión de utilizar la verdad para desmentir la castración o la falta es una utilización perversa, auténticamente corrupta de la verdad.

En la cura psicoanalítica de las neurosis psicoanalista y paciente se encuentran, en ocasiones, en auténticos terrenos cenagosos, donde se dicen verdades a medias, donde no se niegan verdades flagrantes; por citar ejemplos universalmente conocidos, se generan malentendidos a propósito de los auténticos objetivos de la cura en el comienzo, en el establecimiento del contrato se genera un cierto malentendido; malentendido que es tolerado por el analista, ya que sabe que, en ese momento, la demanda de análisis tiene ir vehiculada a través de algo tan concreto como puede ser la solución de un síntoma. En otro momento puede ser aclarar cuál va a ser la actividad de uno y otro; ahí también se genera una especie de malentendido; y no digamos de los vínculos transferenciales. Todos ustedes conocen los trabajos de Freud sobre el amor de transferencia y cómo él viene a decir que no hay que decir que sí, ni hay que decir que no, frente al amor transferencial del paciente.

Son situaciones difíciles, de las cuales no siempre se sale incólume; en ocasiones el paciente acusa de engañoso o de mentiroso al analista. Este a su vez mantiene una actitud de extrañeza respecto al discurso del analizado, y es que el inconsciente así lo exige; es difícil que el paciente diga la verdad porque está en el inconsciente. Y es difícil que el psicoanalista diga la verdad porque sólo sosteniendo la verdad-mentira del paciente puede apuntar a que aquella verdad del inconsciente se acabe manifestando. Cuando la verdad campea como verdad necesaria e incontrovertible, o como provocación obscena, el discurso se hace inanalizable.

Paso al segundo punto muy rápidamente, la cuestión del Superyó. Una de las cuestiones más arduas y debatidas a lo largo de la historia del

psicoanálisis. En la estructura psíquica diseñada por Freud a lo largo de su obra, que, como saben, logró su forma definitiva hacia 1923 con *El Yo y el Ello*, obsérvese, curiosamente, que la instancia superyoica, el nombre del Superyó, no aparece en esa obra a pesar de que ahí se va a delimitar la estructura psíquica en Yo, Ello y Superyó. Digo que a lo largo de la obra se alude a una instancia que recibe nombres y funciones muy diferentes: observación de sí, conciencia moral, ideal del yo, yo ideal, etc. Pues bien, junto con un Superyó cercano a la conciencia que incluye funciones como conciencia moral conciencia crítica, o señalamiento de valores, está el Superyó inconsciente, heredero del complejo de Edipo, que toma a su cargo las funciones de prohibición del goce, mantenimiento del desecho hacia el objeto imposible, y salvaguarda del narcisismo del sujeto. En cierto modo el Superyó sería el representante y valedor de la Ley ante el sujeto; pero con harta frecuencia el Superyó se excede desmesuradamente en sus funciones y, en vez de prohibir, condena, gozando sádicamente con la severidad de la condena, ordenando brutales e interminables autocastigos que pueden acabar, como sucede en el caso de la melancolía, en autodestrucciones tan silenciosas como eficaces.

El mantenimiento del deseo se convierte en una exaltación absurda del mismo que lleva al sujeto a la insatisfacción más desesperada o a la ruina total; y es que el Superyó se olvida de que es representante y por tanto sometido a la ley, y parece identificarse con ella. Cuando el valedor de la ley se cree la ley, se convierte, inevitablemente, en una instancia corrupta, en un verdugo arbitrario que goza con una ley que se supone debería prohibir gozar, induciendo, a su vez, un goce masoquista en su víctima que no es otra que el mismo yo. Un prestigioso autor alemán, Friedrich Dürrenmat, ilustra sin proponérselo, como les ocurre habitualmente a los creadores literarios, en un relato corto y fascinante que se titula *La avería*, esta faz terrible del Superyó en la manía.

Respecto al tercer punto, es decir, a mi preocupación acerca de que en algún momento el discurso público del análisis a veces, para mi gusto, se acerca a aspectos que tienen que ver con esto que estoy señalando; dos apuntes nada más. Algunos analistas presentan su sistema teórico con una adhesión que no parece contemplar la posibilidad de error, y con un aparente desprecio hacia otras teorizaciones que parece sustentarse, no en un adecuado debate, sino en una especie de verdad inherente a su teoría, o a lo sumo en un criterio de aceptación universal sin darse cuenta que ese criterio corresponde, únicamente, a los criterios de su escuela, o a sus maestros; maestros que en algún caso están colocados, con transferencial reverencia, no ya en el lugar del sujeto supuesto saber, sino en el ideal absoluto, cosa que por cierto contradice, marcadamente, lo que el psicoanálisis propugna; esta enfermedad, permítanme que lo llame así,

esta especie de locura no es propia de ninguna familia psicoanalítica particular, aunque sí pueden hacerse diferencias en cuanto a las particularidades de cada una.

Pero mucho más que esto me preocupa la arrogancia con que se pronuncian ante un público no siempre capaz de posicionarse neuróticamente, con afirmaciones gruesas, parciales y provocativas. Les pongo un ejemplo: supongamos que algún psicoanalista dijera: "El desasosiego total es un fin esperable del análisis". Yo entiendo que esta afirmación, el desasosiego total del paciente, del analizante, no puede ser hecha sin dolor y sin resistencia por quien la formula, y si no es así, creo que es porque algo está pasando, hay una desmentida del dolor real que eso debe suponer, es decir, hay una formulación frívola, no en el contenido, sino en la manera de pronunciarla y el lugar y las condiciones en que se pronuncia; digo que hay una cierta desmentida del dolor psíquico que este tipo de cosas requieren. Es como si se afirmara, o como se ha afirmado en alguna ocasión, que la psicoterapia conduce a lo peor, que los síntomas no son curables, etc. A veces, me da la sensación de que hay una cierta desmentida en la forma de pronunciar este tipo de afirmaciones en el contexto en que se hacen, frente a personas que no siempre están en condiciones de relativizar lo que escuchan. Esto es lo que me preocupa. Eso es todo.

JACOBO MUÑOZ VEIGA

### Tres palabras como para echarse a temblar

Voy a procurar ser conciso. Vamos a ver qué se me ocurre. Yo había pensado comentar el editorial, dado que se nos convoca a un acto de presentación de un número de una revista que lleva un editorial que me parece muy provocador. Comienza diciendo, nada menos, que pongamos tres palabras sobre la mesa, *Corrupción*, *Locura* y *Verdad*, que son tres palabras como para echarse a temblar, verdaderamente, por todo lo que implican. Quisiera hacer unos comentarios a este desafío y quizás pareceré excesivamente contundente, ya que no es posible introducir todas las matizaciones que quisiera.

Parece que aquí, se nos viene a decir de alguna manera, que nuestra contemporaneidad, que ha sido definida como el "espacio de un cierto malestar, abismada en el goce de la locura y la corrupción, hubiera perdido la dimensión de aquello otro que vuelve a la *Corrupción* y a la *Locura* pensables"; esto que nos permite pensarlas sería la *Verdad*. Y en cualquier caso, también se

ha dicho que *Corrupción* y *Locura* son magnitudes y procesos que se rebelan contra el orden de la razón. Seguidamente, se nos dice que la *Verdad* pone freno a la *Locura* y a la *Corrupción*, que tenemos que buscar las condiciones de posibilidad de la *Verdad*, y que si no está garantizada, que su posibilidad depende de todos y cada uno de nosotros, y que, además, la dimensión de la *Verdad* es precisamente, la dimensión de la palabra.

Entonces, yo quisiera señalar algunos problemas que plantea este Editorial. Primero; efectivamente es cierto que hay un goce de la *Corrupción* que se percibe en las risas oscuras de los contertulios de los debates radiofónicos y etc. Pero, claro, ¿de qué *Corrupción* estamos hablando?, porque a mí me parece que esa es una *Corrupción* relativamente superficial. En principio voy a definir brevemente la *Corrupción* como un delito institucionalizado, más o menos fortuito, o quizás no tan fortuito, del roba-gallinas infiltrado en las organizaciones políticas; actos que dan lugar luego a ser lanzados como armas arrojadas, porque, como es sabido, la política es la guerra por otros medios..., pero hay otras formas de *Corrupción*.

La más feliz definición de *Corrupción* la encontré en un político conservador –ya ven que no cito a ningún rojo peligroso–, un político conservador llamado Antonio Maura, que reflexionando cómo podría funcionar la sociedad española de la primera restauración, dijo que habría que ir luchando contra eso, pero que habría que empezar por reconocer que en todos los lugares de conexión importante entre poder político y poder económico, hay unos honrados delincuentes que cometen delitos inocentes. Bien, este tipo de *Corrupción* legalizada e institucionalizada me parece que es algo mucho más importante, de mucho más calado, que el roba-gallinas tan magnificado en los últimos tiempos.

En cuanto a la *Locura*, yo creo que ese loco que buscan estos especialistas que convierten la exhibición de esta *Locura* en el espectáculo televisivo, es, en definitiva, las diferentes formas de desajuste que se define desde ese orden de la razón dominante. Entonces, el primer tema a discutir sería este, porque claro, nuestra sociedad es enormemente racional, yo creo que no ha habido sociedad que haya vivido un nivel de racionalidad tal; ahora bien, llamémosla racionalidad instrumental, racionalidad mesológica, racionalidad de dominio, racionalidad calculística, racionalidad unidimensional; en fin, las diferentes escuelas críticas de nuestro siglo la han ido objetivando y estudiando hasta la saciedad. Podemos decir que sabemos mucho sobre las miserias de este orden de la razón. Por lo tanto decir orden de la razón es enunciar un gran problema sobre el que habría mucho que debatir; porque, a lo mejor, lo

verdaderamente racional sería un orden de la sin-razón, si se toma esta razón calculística, instrumental, dominante, como el patrón de racionalidad.

No voy a entrar en el debate de si la *Locura*, como pretenden Michel Foucault y otros, es una estricta construcción social, desde el momento en que se implanta, precisamente, una determinada racionalidad que deja fuera de sus muros a todo cuanto no se integra en ella. Yo tengo mis dudas; supongo que aquí hay compañeros psicoanalistas y psiquiatras que sabrán más sobre si la *Locura* es un fenómeno estrictamente social nacido de esa segregación o no. También es un problema que merecería debate.

En cuanto a la *Verdad*, que es en lo que me voy a detener brevemente, este Editorial deja claro que está en contra de esa presunta futilidad del concepto de *Verdad*: *De la verdad, en cambio, una vez que el pensamiento de la deconstrucción ha decretado su futilidad, nadie parece creer saber nada. Tenemos en cambio que recuperar* y etc. El problema es que el concepto de *Verdad* es un concepto bastante inservible ya en estos momentos. Primero, es un concepto de origen teológico; la *Verdad* es inseparable de la revelación en sus orígenes. Todos los conceptos filosóficos de *Verdad* como aparición, como *aletheia*, como desvelación, o el concepto de *Verdad* del pensamiento judío como expectativa del cumplimiento de la alianza, del pacto hombre-Dios, desde luego, dan una objetividad al concepto de *Verdad* que está garantizada por un tipo de trascendencia.

Según las cosas se van complicando esa objetividad se revela como mucho más difícil, incluso, simplemente en el plano del conocimiento; o uno acepta que conocer es representar exactamente los hechos de la realidad y que las teorías científicas representan, como pequeños espejos, estos hechos, y entonces ya tiene un criterio para definir como verdadera o como falsa una teoría; o tiene, por el contrario, que ir renunciando a esas expectativas de objetividad, porque la actual epistemología es muy falibilista, y más allá de una *Verdad* como aceptabilidad racional de teorías o constructos cognitivos, constructos, repito, en condiciones idealizadas, no va ya prácticamente nadie.

El pensamiento de la representación ha caído ya hace mucho tiempo. Si eso es así en el terreno teórico, donde además hay muchas otras alternativas de *Verdad* como coherencia, de *Verdad* como buen funcionamiento, de *Verdad* como rendimiento, de los pragmatistas, etc.; de *Verdad* como aquello que nuestros constructos tienen de capacidad de adecuarnos a un medio en el que nuestra especie tiene que subsistir, con mayor o menor potencia, *Verdad* como potencia de explicación y de prognosis, etc. Si ahí ya hay que ser muy cuidadoso



cuando se habla de *Verdad*, en el terreno práctico o en el terreno de la moral, verdaderamente, ese orden de la razón del que hablaba antes es un orden de dominación; pero donde hay dominación hay resistencia, y todas las espectativas de autonomía, de cultivo de la individualidad, de construirse identidades electivas —cosa que los diferentes grupos sociales, sobre todo el feminista, están dejando muy claro—, las personas desean construirse unas identidades elegidas, no que se nazca y te digan “pues tú vas a estar fregando toda tu vida, tú vas a estar haciendo de mamá buena”; todo eso está cambiando y está transformando los horizontes valorativos en una pluralización de formas de vida. Por lo tanto, definir un sistema de valores como la *Verdad* es otro tremendo fraude; todos los grupos cuanto mayor es su poder más tienden a convertir “su” sistema de valores en “el” sistema de valores, es decir, el horizonte de la *Verdad* moral.

Bueno, pues habrá que ir aceptando que existen muchos horizontes posibles y que no sabemos cuál tendría que ser el superhorizonte que nos podría mensurar. Quizás se podrían acordar unos *mínimos éticos*, y, a partir de esos mínimos, admitir que hay muchas formas de realizar diferentes mínimos éticos, y que todas son legítimas. Subrayo, eso sí, lo de mínimos éticos porque, claro, enfrentados con los problemas del relativismo cultural tan fuertes como algunas características de otros pueblos, de determinados pueblos que han estudiado los antropólogos, se pueden aprender muchas particularidades muy incitantes, pero no vamos a concluir que la mayor excelencia de los caníbales es el canibalismo. Entonces se trataría de establecer unos mínimos éticos, y a partir de ahí, la pluralidad, es decir, la conciencia de que ese rollo de la crisis del vacío de valores es falso; en ninguna sociedad hay vacío de valores, el problema de nuestro tiempo no es el vacío de valores, el problema de nuestro tiempo es la pluralidad de valores.

Hay, además, muchos valores antagónicos, muchos sujetos que reclaman sus propios valores, que no coinciden con los de al lado, y que genera a algunos la imagen de un vacío de valores; pero no se quiere entender que la moral es también un campo de batalla. Pero lo que sí es un campo de batalla tremendo es la palabra. La dimensión de la *Verdad* es precisamente la dimensión de la palabra; pero claro, la dimensión de la palabra no es sólo la dimensión de la *Verdad*, es también la dimensión de la mentira. Con las palabras una de las cosas que mejor se hace es mentir, como todo el mundo sabe, más o menos, por experiencia. Con las palabras suelen hacerse cosas, muchas cosas, desde gritar “¡fuego!” y que fusilen a uno, hasta absolver, condenar, prometer, reconocer, intimar, intimidar, insultar, etc. Entonces, quizás podría aceptarse una construcción lingüística con la dimensión de la

palabra *Verdad*, pero siempre que aceptemos que esto son verdades nómadas, verdades mínimas, verdades revisables, en función de acuerdos siempre revisables, debatibles y discutibles. Si a eso lo queremos llamar *Verdad* no tengo ningún inconveniente, con todas estas puntualizaciones, y a conciencia de que esa *Verdad* ni es absoluta, ni es última, en fin, y toda esa clase de criptoteologismos que hay que dejarlos ya definitivamente de lado, aunque cada uno es muy libre de consolarse en este valle de lágrimas como quiera.

Y en este sentido de las verdades nómadas, y de la revisabilidad de la *Verdad*, creo que sí hay que ponerle cotos y frenos a la *Locura*, sin entrar ahora en si la *Locura* es el desajuste de la razón dominante, o es una patología, pero en fin dejo la ambigüedad; y por último, la *corrupción* es un problema de lucidez, es decir, saber qué es lo que queremos, cómo lo queremos, qué clase de sociedad queremos, qué clase de vida queremos; porque, a lo mejor, se trata no de hacer lo que se ha hecho siempre pero mejor, es decir, seguir de acuerdo a una razón utilitaria más potente, sino, a lo mejor, lo interesante sería vivir la vida de otra manera.

JESUS GONZALEZ REQUENA

(Ni se compra ni se vende) El Cariño Verdadero

Aparentemente, nada en común hay entre la *corrupción* y la *locura*.

Y sin duda, el corrupto es alguien bien diferente del loco.

Pues si el loco padece una quiebra radical en su acceso al mundo de la intersubjetividad, y, por eso, fracasa en sus esfuerzos por acceder a la realidad, el corrupto, en cambio, se maneja a la perfección en ella, domina sus pliegues y sabe sacar partido de ellos.

Así, frente a la desintegración psicótica de la realidad que padece el loco, lo propio del corrupto es su integración en la realidad por la vía de la perversión. Pues, como se sabe, el goce del perverso pasa por pervertir —que no transgredir— la ley.

Y sin embargo, un somero vistazo a los textos que configuran el paisaje —y el malestar— de nuestra contemporaneidad —nos referimos a la prensa, la televisión y el cine—, parece indicar la existencia, entre esos dos fenómenos, de

un esencial lazo común.

Pues, en nuestro fin de siglo, la *corrupción* y la *locura* parecen haberse convertido en los temas por antonomasia del espectáculo masivo que alimenta a estos medios.

La ausencia de signos de cansancio entre los públicos ante este espectáculo incesantemente protagonizado por la *corrupción* y la *locura* indica bien que ahí, en ello, se localiza una masa considerable de goce.

Y bien: ese común goce es la primera prueba de esa latencia común que asocia —por encima de las diferencias clínicas que separan al loco del corrupto— a la locura y a la corrupción en tanto rasgos configuradores del espectáculo massmediático —y, digámoslo de paso, fuertemente naturalista— de nuestra posmodernidad.

Y diría más: son, también, los rasgos que dotan, a esos textos, de esa su peculiar densidad que nos magnetiza.

Me refiero a la indiscutible densidad de ese goce.

Eso sí —quién puede dudarlo—: una densidad propiamente desintegradora. Sin duda eso es algo densamente real.

A ello se debe el que la *corrupción* y la *locura*, tal y como esos textos nos las ofrecen incesantemente, se conviertan, para nosotros, en fenómenos de una indudable certidumbre. Eso existe, esta ahí. Es real.

Pero atiendan a la diferencia conceptual: les digo que eso es real, pero no les digo que eso sea verdad. Sencillamente porque la verdad es otra cosa.

¿Qué es la *verdad*? Sin duda de ello es difícil hablar. Y ello porque la *verdad*, si la separamos de la corrupción y de la locura, si la tratamos de pensar como antagónica con ellas, resulta inverosímil para nuestros contemporáneos.

Y por cierto que tienen razón: pues la verdad es siempre inverosímil, sencillamente porque es verdadera.

Es de eso de lo que pretendo hablarles; pero eso sí: desde el materialismo más riguroso. No esperen, en lo que voy a decirles, nada que venga del lado de la metafísica.

Pero no se alarmen. Voy a ser breve.

Me voy a conformar con formular el postulado primero de una teoría materialista de la verdad. Podemos enunciarlo así:

*Ni se compra ni se vende el cariño verdadero.*

Sí, me han oído bien: les propongo promover este enunciado popular al estatuto de enunciado teórico fundador de una teoría materialista de la verdad.

Procedamos, para ello, al análisis de sus componentes.

*El cariño verdadero / las cosas que se compran y se venden.*

Como es evidente, este enunciado liga, y por cierto que a través de una relación de negación, de exclusión mutua, de disyunción más propiamente, dos dimensiones bien diferenciadas:

De una parte el de campo de los afectos —el *cariño verdadero*— y de otra el del mercado —el ámbito de la compra-venta.

De un lado, pues, una magnitud netamente subjetiva, emocional, incluso pasional: el cariño. De otra, en cambio, dos operaciones estrictamente objetivas y, a la vez, totalmente reversibles: el comprar y el vender.

De hecho, esa plena reversibilidad es precisamente la que establece y garantiza esa objetividad: al margen del deseo o de la voluntad de cualquier sujeto, el acto de compra o de venta se inscribe en una operación de intercambio que exige, simultáneamente, un acto correlativo de venta o de compra.

El que esos dos actos necesariamente presentes puedan coordinarse con tan precisa reversibilidad exige de esa regla que rige el intercambio mercantil; actúa ahí, pues, un código: el código mismo del mercado que, como se sabe, es el del valor de cambio.

Con independencia, insisto, de toda voluntad o deseo, algo sólo puede comprarse o venderse en la medida en que es sometido al patrón de valorización mercantil.

Cualquier cosa que se introduce en el mercado, es pues codificada en términos de valor de cambio y, así, traducida por esos signos que son los del dinero.

Nuestro enunciado nos propone, por tanto, un antagonismo semántico: se trataría de dos magnitudes excluyentes, impermeables entre sí, intraducibles:

*cariño verdadero / cosas, dinero: mercancías.*

Ahora bien: debo llamarles la atención sobre el hecho de que el enunciado en cuestión no opone las mercancías, esas cosas que se compran y se venden, que se valoran en dinero, al cariño, sino al *cariño verdadero*.

Es ésta, por cierto, una cuestión fundamental, pues en ella se juega la posición materialista de nuestro análisis, frente al enfoque metafísico.

Pues, para éste, el cariño sería necesariamente, en sí mismo, es decir, metafísicamente, verdadero, de manera que ningún cariño existiría que no lo fuera.

Y, sin embargo, desde un punto de vista materialista, es evidente que el cariño puede comprarse y venderse, como lo demuestra, por ejemplo, esa institución económica que es la prostitución, pero también como nos lo demuestra una y otra vez el espectáculo massmediático: el espectáculo informativo nos muestra cómo el corrupto no cesa de hacerlo y el reality-show nos involucra, en tanto sus espectadores, en su compra y su venta.

Pues eso se comercia cada día y cada noche en ese espacio que, hasta hace bien poco, constituía una de las regiones vedadas a la expansión del mercado capitalista: el espacio de la intimidad doméstica: consumiendo los spots que la acompañan, nosotros compramos el sufrimiento de los otros, pagando a las empresas televisivas con nuestra mirada, que éstas venden a las empresas publicitarias.

Y en tanto se compra y se vende, el cariño se convierte en una mercancía, es decir, en una cosa, en un objeto que se valoriza en dinero, como todos esas otras cosas que se compran y se venden.

Sólo que entonces, y ésta es la cuestión fundamental, ese cariño real que se comercia, porque se compra y se vende, ya no es verdadero.

Les llamo la atención de nuevo sobre la posición materialista que les propongo: pues si desde el punto de vista metafísico existe el *cariño verdadero*, y por eso, porque es verdadero, no puede comprarse ni venderse, yo les digo exactamente lo contrario: que el *cariño verdadero* sólo existe en tanto no se compra ni se vende. Es decir: en tanto que queda excluido del espacio del mercado.

Pues ésta es la consecuencia de nuestro primer postulado: que la verdad sólo puede existir fuera de ese espacio que es el del mercado.

Y ésta es la cuestión: no hay verdad posible en el mercado. ¿Por qué? Sencillamente porque la verdad es subjetiva.

Y todo lo que en el mercado entra se objetiva como mercancía, y por tanto como el más abstracto de los objetos: pues su significado, allí, no es otro que esa magnitud matemática que es la de su precio.

Y por eso, porque ese significado no es otra cosa que un significante en su más pura expresión, la matemática, por eso carece de sentido.

Esta es entonces la cuestión: lo que se convierte en mercancía se vacía de sentido, se objetiva y se hace impermeable a toda subjetividad.

No piensen ustedes que pretendo rechazar el mercado: no deliro; por el contrario: pues el mercado es, si se acotan bien sus límites, algo estupendo: una pieza imprescindible de todo universo social.

Pero eso sí: me limito a señalar el carácter extraordinariamente peligroso de la tendencia del capitalismo neoliberal a la expansión absoluta del mercado: a esa su tendencia, de la que ya nos advirtiera Marx, a convertirlo todo en mercancías.

Pues entonces, sencillamente, desaparecen los espacios en los que el sujeto se construye —y añadámoslo: sujeto a su verdad.

Pues, por ser él también, el sujeto, algo material e histórico, por carecer de toda preexistencia metafísica, puede ser aniquilado.

Y ésta es después de todo la cuestión. Si las cosas pueden entrar bien en ese espacio de intercambio y por tanto abstracción que es el mercado, salen de él, por lo general, en lo fundamental indemnes. Y de hecho el sujeto puede

reapropiárselas, subjetivizarlas, restituyéndoles un sentido, es decir, un valor de uso.

Pero con la subjetividad, con los sujetos, sucede todo lo contrario: cuando es introducida en el mercado, se aniquila como subjetividad.

Y esto es lo notable: que entonces no nos encontramos ahí, sin más, con un objeto. Pues si así fuera no encontraríamos, en ello, goce.

Y porque encontramos goce, y ese goce es siniestro, nos abismamos en ese espectáculo de la destrucción de la subjetividad.

Y porque destruimos la subjetividad, es decir, en suma, porque destruimos la verdad, por eso percibimos eso como corrupción.

Sin duda: corrupción: pero no corrupción orgánica —aun cuando ésta aparezca ahí, una y otra vez como su metáfora—, sino muy exactamente, desintegración simbólica: corrupción de la palabra política y corrupción de la palabra íntima.

La palabra política que se compra y se vende, se objetiva, es decir, se vacía del deseo del sujeto que puede animarla y, así, hacerla verdadera.

Y la palabra íntima que se compra y se vende en el reality-show, es literalmente aniquilada, pues en ese acto de compra venta cesa toda intimidad para exhibirse ante millones de miradas anónimas.

Con lo que se aniquila, así, ese que después de todo ha sido uno de los ejes del progreso civilizador de Occidente: la construcción del sujeto a través de la creación de los espacios de su intimidad.

Y de ahí, finalmente, su convergencia con la locura: pues a fin de cuentas la psicosis no es otra cosa que la forma más dramática de la desintegración del orden simbólico que configura al sujeto.

Ahí, entonces, nos abismamos.

Pero deberíamos recordar, ya lo hizo Krauss hace no tanto y en un momento de desasosiego no demasiado disímil del nuestro, que difícilmente una cultura puede sobrevivir a la desintegración de sus palabras.

Pues el orden de la objetividad y sus lenguajes es del todo insuficiente para contener la pulsión que, entonces, desbocada de todo orden simbólico, puede desencadenarse como un Poltlalch de destrucción.

Pues cuando desaparece toda presencia de la verdad, cuando los sujetos ven desintegrarse su sujeción simbólica, tienden a reconstruirla a través del delirio paranoico.

Y la última vez que eso sucedió se produjo algo que hubo de recibir el nombre de Segunda Guerra Mundial.